

Cruces y experiencias vecinales en la ribera norte del barrio La Lucila.

Juana Inés Jorge y Facundo Sayavedra.

Cita:

Juana Inés Jorge y Facundo Sayavedra (2021). *Cruces y experiencias vecinales en la ribera norte del barrio La Lucila*. XIV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-074/340>

Vivir a la vera del río

Relación con la naturaleza e intercambios de clase en la costa de La Lucila (1940-2021).

Facundo Sayavedra¹

Juana Inés Jorge²

Resumen

A lo largo de este trabajo nos proponemos estudiar la historia del barrio La Lucila, Vicente López, atendiendo particularmente a la relación y los diversos usos que los vecinos le han dado al río desde comienzos del siglo XX hasta la actualidad. Haremos foco en la interacción entre las clases sociales; entendiendo que, a menor contacto entre éstas, más conflictos, desconfianzas, odios y temores recíprocos genera (Guevara, 2019).

Para ello, emplearemos la historia oral; el trabajo de campo; la recopilación de fotos, planos, proyectos, ordenanzas; testimonios; la interdisciplina; documentos y publicaciones de historiadores e historiadoras de la zona. Trabajaremos en conjunto con Yumpa5, una organización vecinal que busca la apertura del río para su uso público, enfrentando conflictos con el municipio y vecinos con intereses contrapuestos. También contamos con el apoyo y asesoramiento del Centro de Investigaciones Históricas de Vicente López. Buscamos que nuestro trabajo sirva como recurso para la construcción de la memoria histórica del barrio, reivindicando la importancia de la lucha vecinal como fuente de potencia y organización para la conquista del derecho de espacios verdes en zonas urbanas. Este trabajo se desarrollará en el marco del equipo de investigación de historia urbana, coordinado por Celia Guevara.

Palabras clave: interacción social, historia oral, paisaje social

Abstract

Throughout this investigation we intend to study the history of La Lucila, the smallest neighborhood in the District of Vicente López in the Province of Buenos Aires, taking into particular consideration the different uses its neighbors have given to the coast and river

¹ Profesor de Historia (UBA). DNI 36.000.281. facundosayavedra@gmail.com

² Estudiante de la Licenciatura de Historia (UBA). DNI 42.822.649. juanainesjorge1@gmail.com

through decades, as well as their relationship with grounds since the beginnings of the 20th century, until current days.

We will take into account the interaction between social classes, demonstrating that, the lack of it result in more conflicts, distrust, hate and fear both ways. Our investigation will be served from oral history, field work, compilation of pictures, photographs, maps, county projects, decrees and resolutions, and the testimony of professionals in order to portray the above mentioned. In addition, we will work side by side with Yumpa5, a local non-profit organization that seeks for public access of the coast, dealing with the city and neighbors that maintain different interests and projects regarding the river and its surroundings. Plus, we count with the support and advice of the Centro de Investigaciones Históricas de Vicente López.

We hope that our work will become a useful tool for the construction of the historical memory of the district, highlighting the importance of local resistance and civil contribution as a source of power and organization for the gaining of rights and green spaces in urban areas. This work will be developed and must be read in guideline with the studies reached in the urban history investigation group, coordinated by Celia Guevara.

Key words: social interaction, oral history, social landscape

Introducción

Nuestro trabajo se enmarca en el Proyecto PIA HyC 37 de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la UBA, denominado "Trabajo sobre el Corredor Norte del GBA y continuación el proyecto PIA HyC-16 con relación a la interacción de clases poniendo el acento en las áreas de Tigre y Vicente López". Tal proyecto es dirigido por nuestra directora, la arquitecta Celia Guevara. En él se comprende el estudio de la interacción de clases que habitan el Corredor Norte de la RMBA, utilizando una perspectiva socio-histórica que apunta a demostrar la relación entre la configuración geográfica del paisaje urbano/social de Tigre, San Fernando, San Isidro y Vicente López y el grado de interacción social de sus habitantes. La investigación demuestra cómo se produjeron, a lo largo de las décadas, fraccionamientos urbanos a raíz de causas sociales, económicas y geográficas.

En este avance de investigación buscamos dar cuenta sobre el paso del tiempo y los cambios socio-espaciales acontecidos en la costa del barrio La Lucila, en Vicente López. Nuestro trabajo, basado principalmente en fuentes orales, se inicia en la década de 1940 y se extiende hasta nuestros días.

Queremos describir las modificaciones que sufrieron las conductas sociales de los lucenses. Asimismo, esperamos poder responder otros interrogantes, como por ejemplo el impacto de la construcción masiva de grandes torres de edificios y la llegada de nuevos habitantes. Todo esto en relación a la falta de contacto entre los vecinos y la naturaleza del barrio.

Emplearemos una periodización del barrio en base a la que realizó el antropólogo Mariano Malia en su tesis de licenciatura (2016). Malia observó el uso público de la costa de Vicente López y distinguió distintos ciclos históricos (colonial, popular, mediado, restringido, democrático y fragmentado). Contrastaremos esta división temporal con los testimonios de los protagonistas de estos cambios.

La investigación se realizó en el marco del grupo de estudios que dirige la arquitecta Celia Guevara, en representación del Instituto Gino Germani y la FADU.

Marco teórico y aportes bibliográficos

Una de las hipótesis que guiarán nuestra investigación es la esbozada por la arquitecta Celia Guevara (2019). Esta autora ha observado que, cuando no hay interacción de clases sociales en la comunidad, se debilita el tejido social. Es decir, mientras haya más distancia entre ricos y pobres, habrá más desconfianza, temor y rechazo recíproco.

En su estudio de caso, reconoce que los muros actúan no solo como divisiones territoriales sino también como divisiones sociales y sostiene que, para el desarrollo armonioso de la vida comunitaria, las distancias sociales deben achicarse hasta desaparecer.

Siguiendo una línea de carácter interdisciplinario en el estudio del espacio público, el antropólogo Mariano Malia (2016) señaló que, a partir de 1920 comenzó un “ciclo de uso” masivo del espacio público en la costa de Vicente Lopez. En 1926 se creó el primero de varios balnearios públicos. Se pasó del *ciclo de uso colonial al popular*. En 1950 fue la edad de oro, al menos en Olivos, ya que venía gente de todos lados.

Para 1960, muchas prácticas populares continuaron, sin embargo comenzaron a surgir concesiones de la playa a diversos clubes, establecimientos policiales, etc. Esto hizo que muchas personas tengan que acceder a la costa a través de dichas entidades. Es aquí donde se inicia el *ciclo de uso mediado* para este autor.

El *ciclo de uso popular* y el *ciclo de uso mediado* convivieron durante la década de 1960, sin embargo, cada vez se hizo más común tener que pagar una membresía para

ingresar a determinados sectores. Según Malia, “se registró un cambio de clase social legitimada y autorizada para acceder a la costa” (Malia, 2016: 42).

El cuarto de los ciclos, el *restringido*, aparece con más claridad durante la última dictadura cívico militar eclesiástica (1976-1983). Mediante decretos, la Junta Militar prohibió bañarse en las aguas del río. El clima represivo hizo menguar la recreación de las clases populares. La costa del río se convirtió en una reserva natural y se rellenaron zonas con escombros de la construcción de autopistas. Según Malia, “se produce la muerte del espacio público costero como tal, ya que los usos, las apropiaciones, y las prácticas sociales previas se restringen drásticamente, al punto que se llena de escombros y se gana espacio al río” (2016: 48). En la década de los ‘70 se otorgaron múltiples concesiones a clubes e instituciones policiales y religiosas.

Con la vuelta de la democracia se inicia el *ciclo de uso democrático*. Comienza con la intención de generar cambios en la zona costera que no aparecerán hasta entrada la década de 1990. Se cuestiona la acción de la dictadura y aparece la dimensión de espacio público presentado como un espacio de libre acceso, “relativamente poco custodiado” (Malia, 2016: 65). Sin embargo esto no es una vuelta atrás al *ciclo de uso popular* ya que bañarse en el río continúa estando prohibido, la zona se revitaliza y revaloriza, esto hace que las clases bajas ya no sean bienvenidas.

En 2010, Malia señala la aparición del *ciclo de uso fragmentado*. Se caracteriza por una hiper reglamentación de los usos de la costa y una “subordinación del espacio público al control privado” (2016: 79).

Por último, buscamos incorporar la noción de “paisaje social” para analizar el territorio, intentando comprender la articulación espacial y temporal de prácticas socioculturales como recursos que hacen a la configuración de un lugar y a la vida común de sus habitantes (Gutierrez-Aristizábal, 2017).

Objetivo:

Queremos comprobar que, a mediados del siglo XX, la distancia entre las clases sociales en La Lucila era inferior a la que existe hoy en día. También buscamos demostrar cómo fue cambiando la relación entre los vecinos y la naturaleza y cómo el río funcionó como una amalgama que podía contener y proveer de recursos a todas las clases sociales. Ambos ejes del trabajo, es decir, la interacción de clase y la relación con la naturaleza, se entrelazan y enriquecen a sí mismos. Finalmente, queremos observar y corroborar si los ciclos que describe Mariano Malia para Vicente Lopez tienen su correlato en La Lucila.

Cronología y elección del territorio

El lugar que elegimos para realizar nuestro trabajo de campo es el barrio de La Lucila, una localidad costera del partido de Vicente López. Se estima que allí viven más de 12 mil habitantes en una superficie de menos de 2 km². Es la localidad menos poblada del partido.

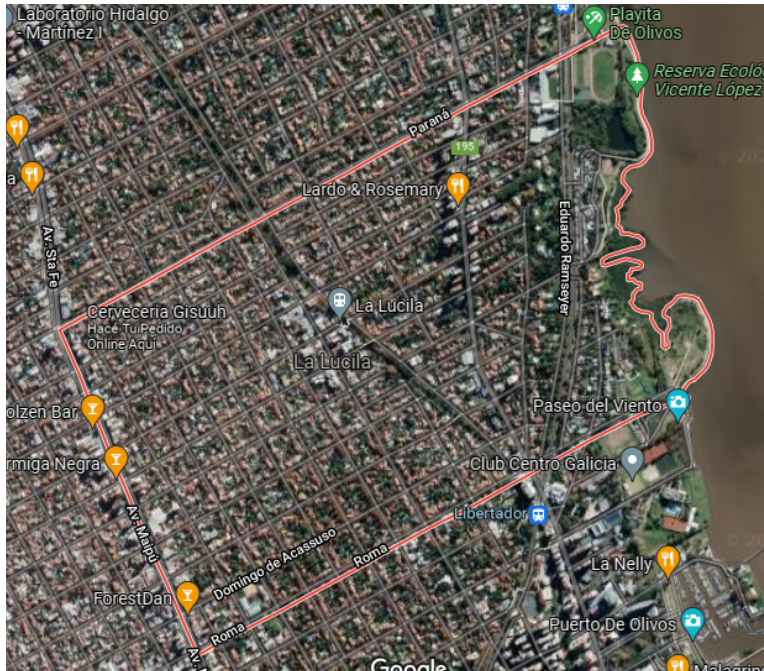


Imagen satelital de La Lucila. Fuente: Google maps.

La Lucila limita al norte con Martínez (calle Paraná), al suroeste con Olivos (Avenida Maipú y calle Roma), y al este con el Río de la Plata. Debe su nombre a una antigua mansión de la familia Anchorena de Urquiza que fue demolida en 1939 debido a un conflicto sucesorio.

Los terrenos de la costa de La Lucila solían ser muy baratos ya que el terreno es blando y las sudestadas generan inundaciones constantemente. En la actualidad, se han hecho obras que redujeron el riesgo de inundaciones; además, los edificios altos le dan cierta tranquilidad a sus habitantes ya que es imposible que el agua llegue a los pisos más altos.

A pesar de su extensión geográfica formal, el barrio cuenta con una división interna, establecida por los propios vecinos: los barrios Enamour y El Ceibo. En cuanto a la

configuración de su "paisaje social" (Gutierrez-Aristizábal, 2017), en el B° Enamour la distribución de habitantes por m² es menor que para los vecinos del Ceibo. A pesar de la común proximidad al río, los vecinos de Enamour, en su mayoría, cuentan con patios traseros, jardines, e incluso piletas. Por otro lado, el escenario que ofrece El Ceibo es muy distinto; las viviendas son pequeñas y tienen varios pisos, están pintadas de colores vívidos o sin pintar, dejando ver los materiales de construcción. Gran porcentaje de vecinos trabaja en puestos de la municipalidad de Vicente López, en mantenimiento y limpieza o transporte.

En marzo de 2021 conocimos a Guillermo López, periodista e historiador que forma parte del Centro de Investigaciones Históricas de Vicente López. Tal centro nació en 2011, cuando un grupo de vecinos sintió la necesidad de contar la historia de su barrio. Técnicamente, este centro es una entidad de bien público con personería jurídica que no depende del municipio. Cuenta, a su vez, con un pequeño museo que funciona en la casa de Guillermo.

Este hombre nos facilitó gran cantidad de material fotográfico, tiene un gran archivo que comparte desinteresadamente en su página de Facebook (Historia De Vicente López). También se puso a disposición nuestra como asesor histórico, esto nos permitió contrastar información histórica con nuestra fuente fundamental, es decir, con los testimonios orales. Muchas veces sucede, en la historia oral, que la gente (por lo general más anciana) olvida y confunde fechas o sucesos. También la subjetividad es un obstáculo que solo puede superarse con evidencia fáctica. En ese sentido, queremos agradecer profundamente su colaboración.

En Febrero de 2021, nuestra investigación tomó otra dirección. Siguiendo la misma línea teórica propuesta por Celia Guevara (2019), conocimos a miembros de una ONG llamada Yumpa5 que, según su página de Facebook:

"tiene como objetivos fundamentales la recuperación del área de la costa de la Ribera Norte de Buenos Aires para el uso público, propiciando su limpieza y puesta en valor teniendo en cuenta el ambiente natural, su cuidado ambiental y una geografía equilibrada entre el moderno urbanismo y la paz del agua y sus costas para el libre tránsito de la comunidad toda".

Por otra parte, Yumpa5 desarrolla propuestas y acciones urbanísticas, sociales, ambientales, educativas y culturales. Sus principales proyectos son:

- La planificación urbana costera acorde al uso social de estos tiempos.

- La recuperación de la memoria de la ribera.
- La revalorización de los bienes culturales intangibles de la comunidad y de las manifestaciones artísticas populares en cualquiera de sus variantes.
- Saneamiento y educación ambiental.

Nuestro contacto fue Silvia Campanella, una de las fundadoras de esta organización sin fines de lucro. Tuvimos una reunión con ella y Silvia Posse, otra mujer que luego abandonó el proyecto. Decidimos trabajar juntos ya que ellas tenían contactos interesantes que luego se convertirían en la fuente principal de este trabajo.

Nuestro trabajo está basado principalmente en fuentes orales aunque también contamos con el respaldo del Centro de Investigaciones Históricas de Vicente Lopez, su archivo fotográfico, su asesoría en temas históricos y consultas varias. También apelamos a los trabajos de Malia (2016) y Guevara (2019). Hemos seleccionado los relatos que consideramos más ilustrativos en materia de la interacción de clases, la relación de vecinos y vecinas con la costa ribereña y la distancia que se produjo en este contacto a lo largo de las décadas.

Intercambios con vecinos y vecinas en territorio

Delia (1928. La Lucila. GBA)

Delia es una anciana que vivió toda su vida en La Lucila. Tiene más de 90 años, aprendió a nadar en el Río de la Plata desde muy pequeña y se convirtió en nadadora profesional. Su familia era muy humilde, su padre era changarín y trabajaba en el puerto. Construyó la casa con madera y otros materiales que fue consiguiendo. Utilizaba las cajas que tiraban en el puerto y talaba algunos árboles de la zona.

Delia comienza a trabajar a sus catorce años. Los Bradbury, una familia de clase alta y de origen inglés le pagaría a cambio de que buscara a sus hijos por el colegio, no recuerda su nombre pero dice que ahí “iban todos los ricos”. Probablemente se trate del Northlands, colegio de élite inglés fundado en 1920 y ubicado en Olivos. Esta familia también emplea a su madre como trabajadora doméstica, “les planchaba la ropa”, según su hija. Con el tiempo, Delia empieza a cocinarles.

Delia recuerda con mucho cariño a esa familia. Gracias a ellos obtuvo su primer trabajo, permitiéndole ayudar económicamente a su familia.

Sobre su juventud recuerda que todas las navidades se juntaban los vecinos del barrio a compartir una comida y “cada uno traía lo que podía”. Esto refuerza la hipótesis de Celia Guevara: durante la década del 40 y 50 era muy frecuente este tipo de intercambios de clase, eso hacía que la convivencia sea pacífica. Los vecinos más antiguos sostienen que se juntaban una vez por mes, una costumbre que, aparentemente, ya se perdió. Los chicos jugaban todos juntos a la pelota o a la paleta en la playa del río (balneario Anchorena), los ricos le daban trabajo a los pobres, había mutuo respeto.

La situación actual se ha modificado. El fondo de la antigua casa de Delia, que solía dar al río, en los últimos 50 años fue rellenado sistemáticamente, las antiguas casas de madera como la de ella fueron demolidas, muy pocas sobrevivieron. En su lugar, se emplazaron grandes torres de departamentos para gente con poder adquisitivo alto o medio/alto. Delia dice que son todos “nariz para arriba” y que casi no conoce a sus nuevos vecinos. También se queja de la cantidad de autos que pasan ya que los niños no pueden jugar en la calle. “Ahora son todos nariz para arriba, no te dan nada, que gente mala vino, vino mucha gente mala, no se integran”, comenta Delia.

La relación que tenía Delia, su familia y sus contemporáneos con la naturaleza era muy distinta a la que pueden llegar a tener hoy en día los nuevos habitantes de La Lucila. Para empezar, ellos pescaban en el río y comían los pejerreyes y dorados que sacaban. Para calentarse y cocinar cortaban leña de la zona, incluso Delia recuerda que tenía una huerta y árboles de frutas. En algún punto eran autosuficientes, uno de los motivos es que no había comercios de cercanía. “Para ir a un almacén teníamos que ir hasta Maipú o a la calle Borges, había una carnicería en Roma que se llamaba La Criollita, el resto era todo campo”, describe Delia. En la actualidad, las casas y los modernos departamentos cuentan con calefacción eléctrica, ya no hace falta talar leña y si la llegaran a necesitar la pueden comprar en uno de los tantos supermercados chinos que florecieron en las últimas dos décadas.

Sin embargo, esta relación con la naturaleza, lejos de ser armónica y sustentable, también fue muy conflictiva y dolorosa. El recuerdo de numerosas inundaciones sacude a Delia, en el año 40 una muy fuerte le tira la vivienda abajo y debe comenzar de cero. “Mi abuela se avivó porque empezó a entrar agua a su habitación, era de madrugada, vino un tronco fuerte y tiró abajo la pared. Carlitos, mi papá, nos salvó la vida, nos sacó en brazos a todos y nos llevó a la terraza. Al rato vinieron los bomberos, perdimos casi todo”, lamenta Delia. Luego de los perjuicios ocasionados por tal inundación, su padre construye un muro defensivo de hormigón armado que les permite seguir viviendo allí. El agua continuó

entrando en la propiedad pero no en su casa. Delia remarca en varias ocasiones que, durante las inundaciones, todos los vecinos se ayudaban mutuamente.

Durante su juventud, Delia emprende carrera como telefonista pero jamás consideró irse de su casita. Sin embargo, lamenta mucho la llegada de nuevos vecinos, quienes carecen de cualquier tipo de sentimiento comunitario. “Acá los vecinos no se calientan para nada, cada uno hace su vida y le importa tres pepinos el otro. Cambió mucho, la gente nueva no te da bolilla para nada, no colaboran para nada”.

“Quito” (1934, La Pampa)

Quito nace en 1934, en La Pampa, junto con otros cuatro hermanos, todos adoptados. Viven en el campo y tras una serie de malas cosechas deciden migrar. Entre 1943 y 1946 -Quito no recuerda el año exactamente- se instala definitivamente en la Capital de Buenos Aires. A sus 26 años, en 1960, fija su domicilio en La Lucila y no se muda desde entonces.

Sin embargo, desde su primera llegada a Buenos Aires, Quito comienza a relacionarse con los vecinos y vecinas de lo que será su próximo barrio ya que trabajaba como pescador en el río de Vicente López, en la costa de La Lucila.

En 1958 comienza a salir con Olga, recuerda el año en particular porque coincide con el de “la gran creciente”, inundación que arrasó con las casillas prefabricadas de revoque y madera y los pocos cimientos que comenzaban a poblar las costas del barrio. Quito explica que las inundaciones eran frecuentes y comunes, no sabe a qué se deben en cuanto a factores climáticos, pero menciona la inundación de 1940 de la cual solían contarle sus amigos; “el agua llegaba por arriba de la vía”. Las complicaciones que implicaban las inundaciones disminuyen ampliamente cuando, en 1985, se asfalta la calle Tomás Espora. Sin embargo, las inundaciones no cesaron hasta entrados los 2000.

Respecto a su juventud en el barrio, la noche y los espacios de encuentros, Quito recuerda una variedad de boliches bailables o bares nocturnos de efectiva exclusividad. El primero que menciona es el Club Lucense, no recuerda si fue fundado por españoles pero sí destaca la presencia de ellos durante la noche. Lucense era un salón en donde se organizaban bailes, fue lo que luego se convirtió en el Centro Galicia (Av. Libertador 2925). También menciona la existencia de un burdel, ubicado en la esquina de Roma y Espora, enfrente existía un restorán de una familia española, “La cueva de la Gallega”.

En 1958 aparece Enamour, un boliche que se funda sobre rellenos del río. La confitería del boliche contrata a los vecinos del barrio como camareros, mantenimiento y limpieza, o cocina. Recuerda, también, un bar de copera llamado Naum sobre la calle Roma.

Lo común a los espacios nocturnos de goce reside en la exclusividad de todos ellos. Quito menciona lo caro que era acceder a tales lugares, aunque la entrada resultase gratis, habían gastos que comprometían el estacionamiento y el consumo dentro del lugar.

Respecto al estado del río y su costa, comenta que el agua “no siempre estuvo tan sucia como ahora”. Desde su experiencia como pescador, explica que aunque siempre hubo contaminación, los peces abundaban y luego fueron disminuyendo, los vecinos y foráneos durante el fin de semana nadaban; “nadaban tanto que tirábamos el esquivel”, apunta que no fue hasta la década del 80 del siglo pasado que la municipalidad prohíbe a los vecinos nadar en el río. También, señala que la desembocadura de las cloacas en el canal Bermúdez ocurrió entre el 63 y el 66.



Vecino del barrio Enamour nadando en el Río de La Plata, 1964.

Con respecto a la relación que había entre los residentes durante el día, Quito menciona que los chicos solían jugar a la pelota en la calle, andaban en bicicletas o rollers, “era seguro porque no pasaban autos, solo los de los vecinos”, señala que ahora ya no ocurre y que “en aquel momento no habían riesgos”. Las calles y la costa del río se llenaban durante los fines de semana, el kiosko trabajaba ambos días (ahora, ese kiosko ya no está), y las familias que llegaban de afuera del barrio hacían picnics y se quedaban todo el día, algunas incluso traían sus carpas y se quedaban durante el fin de semana, en la costa o junto a las vías del tren. El escenario pasaba a ser uno multitudinario, distinto al habitual

para los vecinos de La Lucila. El libre acceso al río permitía la fusión de miembros de diversas zonas urbanas, la gran mayoría, foránea a La Lucila, pero que se acercaba para disfrutar del río y su costa.

Quito es un hombre que disfruta de su barrio, incluso ahora. A diferencia de vecinos como Delia o Silvia, destaca la belleza de La Lucila, pero al igual que ellas coincide en que “la gente no es como la de antes”. Vuelve a aparecer la queja de que los vecinos, los que han ido llegando en las últimas décadas, carecen de un sentimiento de pertenencia que los una al barrio, las relaciones entre ellos -y sus acuerdos sociocomunitarios-, han ido disminuyendo. Por último, reflexiona en que la escasa coincidencia entre una identidad ribereña y los vecinos propios de la zona, produjo el desmantelamiento de redes que ayuden a conservar el río como un espacio limpio y accesible para todos ellos.

Pepe (1953) y Mirta (1957)

Pepe y Mirta son dueños de un pequeño almacén ubicado en el Ceibo. Si bien ambos nacieron en la provincia de San Juan, tienen un enorme sentido de pertenencia hacia el barrio. Llegaron a Buenos Aires en 1975 y 1980 respectivamente, se conocieron, se casaron e instalaron en el barrio, y nunca lo dejaron. Criaron dos hijos y ahora conviven con uno de ellos y su primera nieta. Tienen 4 perros.

La entrevista transcurre en la calle, no asfaltada, un mediodía soleado, interrumpidos o acompañados por ladridos, chicos que juegan a la mancha en la calle junto a nosotros, pescadores que ofrecen mercadería de manera ambulante, y vecinos que nos saludan al pasar. Las viviendas son en su mayoría coloridas, las que no tienen murales futboleros o imágenes de algún cura villero, están pintadas de colores aleatorios o cubiertas por ladrillos y cemento, a medio construir.



Casillas del barrio El Ceibo, 2021.



Almacén del barrio El Ceibo, 2021.

El Ceibo apareció hace 70 años, a finales de la década del 40. La ubicación del barrio emergente coincide, en parte, con el terreno previamente ocupado por la Quinta Anchorena, edificación demolida en 1944. El Ceibo pasó por una gran transición desde sus comienzos. Ninguno de los vecinos cuenta con escrituras o títulos de propiedad, por lo que los terrenos o las casas construidas no pueden venderse. En este sentido, quienes habitan el Ceibo son, en su mayoría, los mismos que se han criado allí.

Aquello que los unió como comunidad fue cambiando a medida que pasaron los años. Desde que llegaron, en la década del 80 hasta finales de los 90, “el barrio era peligroso”, la presencia de la droga perjudicaba a los vecinos, principalmente a los jóvenes. Perdieron a muchos de ellos, también, por el HIV, aunque no pueden asegurar si existe o no una correlación entre la problemática del consumo y la enfermedad. Pepe sostiene que “nadie sabía lo qué era el SIDA, solo los copetudos”.

Los comienzos de los 2000 fueron, según los vecinos del Ceibo, de increíble mejora para el barrio. Con el “japonés” García como Intendente, hubo cambios edilicios y sociales. *Enrique García estuvo a cargo de la intendencia de Vicente López durante 24 años, entre 1987 y 2011.* Las opiniones de los vecinos sobre sus años como intendente son variadas. Mientras Pepe y Mirta insisten en las evidentes mejoras que supo beneficiar al barrio, al menos en la parte del Ceibo, vecinas como Silvia del sector de Enamour destacan las causas de corrupción y su largo mandato como características que hacen al rechazo de su personaje, y a su función en La Lucila.

La relación de los vecinos del Ceibo con el río y su costa fue problemática y contradictoria. Por un lado, y a pesar de los alambrados que los rodean y privan mayoritariamente de su acceso, los chicos siguen encontrando la manera de atravesarlos y jugar al fútbol en el pasto o en los escombros, los hombres pescan y hasta pueden vender mercadería. El río aparece, entonces, como fuente de alimento, de trabajo y de disfrute. Por el otro, el terreno bajo y la falta de desagües eficientes, hizo que el Ceibo tenga que padecer las inundaciones con la misma fuerza que sus vecinos pudientes, pero con menos recursos para contraponerse a sus consecuencias. En 1989 su “rancho se inundaba tanto que el agua le llegaba a la cintura”. El alejamiento gradual del río, por los rellenos y los terrenos ocupados por distintos organismos como el Círculo policial, clubes privados, y vecinos particulares del barrio del sector pudiente, no fue el fin de la problemática que tenía el Ceibo con las inundaciones, ya que continuaron viéndose perjudicados por el caudal de las lluvias. Recién en la última urbanización, durante los primeros años de la década de los

2000, la instalación de nuevos caños de desagüe supuso el fin de las inundaciones en La Lucila.

A pesar de destacar los años de García como positivos (Mirta menciona la extensión del barrio, y los programas de trabajo municipal como un factor que ayudó a que la droga desapareciera del barrio), ambos cuentan que “quienes se embarraron las manos” para que el barrio esté mejor, fueron los mismos vecinos del Ceibo: tanto por el asfaltado, como el cableado y la cañería -esta última, por primera vez construida en 1984- se construyó gracias a los vecinos que participaron en su obra. Aclaran, sobre este punto, que los vecinos de Enamour no fueron parte de la construcción.

Tanto Pepe como Mirta consideran que el rol de la Municipalidad de Vicente López en cubrir las necesidades del Ceibo es infructuoso y que en otras partes de La Lucila, existe “un manejo autoritario” por parte de los funcionarios. Señalan, en este sentido, un registro y un tiempo de respuesta arbitrario sobre los reclamos de vecinos, dependiendo de si tienen o no contactos en la municipalidad que puedan persuadir los reclamos. Para el caso del Ceibo, en donde existe una gran cantidad de miembros de la comunidad que trabajan en puestos municipales de limpieza, transporte y mantenimiento, las demandas de los vecinos se vieron siempre relegadas. Aparece una actitud de maltrato y abuso por parte de encargados municipales, quienes no temen castigar a los vecinos del Ceibo suspendiéndolos de sus puestos de trabajo en caso de que éstos se unieran a las manifestaciones en reclamo de mejoras territoriales; “a muchos se les castiga suspendiéndolos cuando hay problemas en el barrio”.

Pepe insiste en que existe una actitud abusiva por parte de los funcionarios, alejado a la “respuesta política que se intenta dar día a día en el barrio”. Destaco la palabra política, y Pepe continúa, con entusiasmo, en que “la gente quiere manchar el sentido de lo político”, y la define, en cambio, como “el arte de lo sublime de lo posible”. En tanto las autoridades municipales dilatan su tiempo de acción en acatar los reclamos territoriales de los vecinos del Ceibo, el compromiso político de éstos con su territorio parece mayor que el de los vecinos de Enamour, estimulando la integración y solidaridad entre los vecinos que lo habitan.

Tanto Pepe como Mirta se sienten a gusto con el barrio, a pesar de las complicaciones que implica. Saben que son “la oveja negra de La Lucila”, que lucharon mucho para cambiar el nombre del barrio el Ceibo, antes conocido como el Barrio Chino -connotación negativa, clasista, xenófoba y racista, que provenía de un supuesto olor que

tenía el barrio a causa de la falta de cloacas-. Ahora, el escenario es otro: los chicos juegan en la calle y “no se mueren de hambre”. La pareja insiste en que tienen libre acceso al río, donde pescan y hasta pueden “juntar unos mangos vendiendo el pescado”. Mencionan la misa semanal al aire libre, la murga del barrio: “Los Alborotados”, que ensaya en la calle (su hijo y nieta forman parte). Ninguna de estas actividades es compartida con vecinos del sector de Enamour.

Sergio (1958, Acassuso, GBA):

Sergio tiene 63 años y vive sobre la calle Almirante Brown, en una esquina frente a las vías del Ferrocarril Mitre. Tiene la oficina de su empresa constructora que creó en la misma casa. Llegó al barrio porque en 1978, a sus 19 años, abre un bar a la vuelta de Almirante Brown y San Lorenzo, sobre un terreno que actualmente son escombros. De este modo conoce a su ex esposa; pero ya separado, compra la casa de un vecino para continuar viviendo en el barrio. Actualmente, posee una propiedad en el Delta de Buenos Aires, donde continúa practicando natación, un deporte que lo acompañó toda su vida.

Durante su juventud, a pesar de no vivir allí aún, pasaba las noches trabajando en el bar, y una vez cerrado, solía salir a bailar a Enamour. Para aquel entonces se trataba de un boliche más bien de gente adulta, pero Sergio aclara que las opciones no eran muchas, y el lugar quedaba cerca.

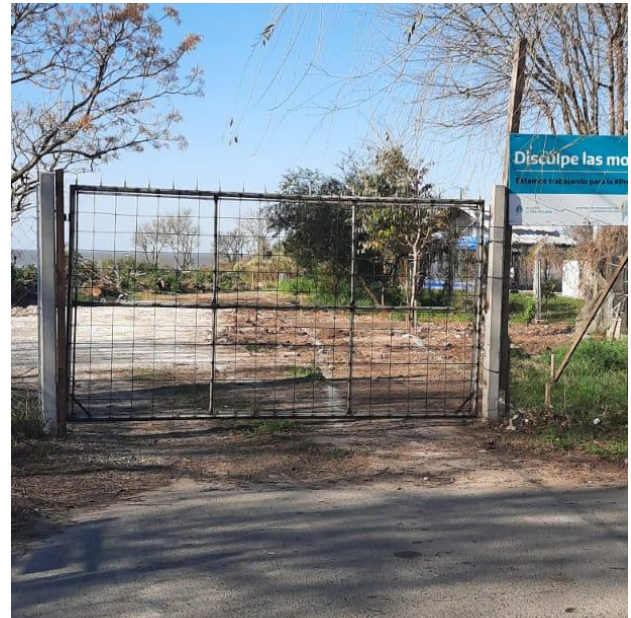
Sus amigos del barrio los hizo trabajando, la gran mayoría ya no vive actualmente en La Lucila. Muchos de ellos parecen haberse ido por las inundaciones, a finales de los 90, cuando los perjuicios eran aún muy graves. Sobre la relación que lleva con los vecinos y vecinas del Ceibo, Sergio considera que el vínculo es fluido, y que se sostiene particularmente gracias a “donaciones y ayuda social” que proveen los vecinos de Enamour. Esta información se contradice con el relato de Pepe y Mirta, quienes consideran que, a pesar de que El Ceibo mejoró en las últimas décadas, continúan siendo la “oveja negra” del barrio, y que sus vecinos del sector de Enamour no se interesan por las problemáticas del barrio.

En cuanto a la relación que tiene con el río, Sergio explica que se trata de un contacto muy estrecho con el agua, particularmente, debido a su condición de nadador. Sin embargo, él suele nadar en el Delta del Tigre, y no en la costa de La Lucila, a la que jamás concurre demasiado más que por un paseo en bicicleta en el sendero costero que se extiende desde José Ingenieros hasta Paraná, el límite entre Vicente López y Martínez.

Declara que el río está distinto y tiene que ver con los rellenos, recuerda los años en los que trabajaba en el bar, y que tenía la costumbre de pasear a su perro por la costa y sentarse a pescar.

A pesar de los grandes cambios y de no frecuentar las costas de su barrio, Sergio considera que los vecinos “tienen clara la belleza del lugar”, y que ésta se debe a la proximidad que tienen al río, a pesar de no poder disfrutar su costa como lo hacían antes, el sonido, el olor y la densidad del aire continúan siendo particulares de la zona, y distintos al resto de Vicente López e incluso la Zona Norte de GBA.

A pesar de las mejoras hidráulicas y de infraestructura, Sergio explica que el barrio continúa inundándose y señala los rellenos como el factor culpable de que esto siga sucediendo. El relleno masivo parece haber comenzado en 1978, durante el régimen militar, información que se condice con el estadio de regulación de uso del espacio público presentado por Malia (2016). Los mismos continúan hasta 2005, cuando en un acto de protesta vecinos y vecinas del barrio colocan cercos y rejas para impedir el paso de las máquinas. Lamentablemente, parece que los cercos jamás fueron levantados, y a pesar de que los rellenos frenaron, múltiples vecinos con vista al río han ido apropiándose de varios metros cuadrados de tierra correspondiente a la costa, privándola de su acceso público.



Cercas y rejas que prohíben el acceso a la costa en La Lucila, imágenes tomadas durante el recorrido en el territorio.

Inés (2000, La Lucila, GBA) y Clara (2005, La Lucila, GBA)

Inés y Clara son hermanas, tienen 21 y 16 años, y viven con su padre en una casa sobre la calle Tomás Espora. Inés es estudiante de arquitectura, y Clara asiste a una escuela privada de Florida, su padre es dueño de una empresa de paneles solares. La casa en la que viven era de su madre, quien vivió allí toda su vida, hasta que falleció en el año 2014.

A pesar de haber vivido allí toda su vida, las hermanas no se relacionan amistosamente con sus vecinos, aclaran que la mayoría son “demasiado adultos o muy chicos”. La única vecina con la que tienen afinidad es Silvia, su tía y fundadora de Yumpa5. Inés intenta ayudar a la ONG haciendo recorridos, charlando con vecinos y filmando o fotografiando las costas y su evolución para generar contenido en redes sociales. Señala que es una amante del aire libre y por esa misma razón disfruta de vivir en La Lucila, a pesar de no contar con un acceso directo al río. Cabría destacar, sobre este punto, que tanto Inés como Clara no vivieron los años de mayor acceso, puesto que durante los primeros años del 2000 Inés era aún muy joven y Clara no había nacido. Desde su experiencia, aunque escueta, se sienten apegadas a su barrio y se identifican con un origen ribereño que caracteriza, también, a los vecinos mayores con los que hemos conversado, y que poseen una larga trayectoria en el barrio.

Algunas conclusiones prematuras

Si bien no hemos cerrado nuestro trabajo, podemos afirmar que la relación de los vecinos con la naturaleza ha ido perdiendo importancia a medida que avanzó el siglo XX. En un primer momento, Delia nos contó que ella y su familia comían los peces que pescaban en el Río de La Lucila, cortaban en los bosques la leña que luego utilizaban para calentar los ambientes y cocinar las comidas, tenía un gallinero donde criaba gallinas e incluso cultivaban sus propias verduras en las huerta de su casa.

A partir de lo estudiado, comprendemos que los vecinos del Ceibo son quienes mayor contacto sostienen con la naturaleza, la costa y sus alrededores naturales. El río aparece como una fuente de alimento, trabajo y goce, una noción que se ha ido perdiendo entre los vecinos de Enamour.

Próximas investigaciones

Hemos recolectado otras entrevistas pero no hemos llegado a tiempo de escribirlas. Una de ellas es a Martín, un ingeniero hidráulico que nos comentó sobre la imposibilidad natural de edificar en la zona del bajo de Vicente Lopez. Los asentamientos precarios como El Ceibo están destinados a sufrir numerosas inundaciones. Los ganadores de este modelo

parecen ser las clases altas y medias que pueden pagar miles de dólares en un piso alto con vista al río.

Apartado bibliográfico

Guevara, C., & Porta, Y. (2019). LA IMAGEN DE LOS MUROS Y SU ROL EN LA INTERACCIÓN URBANA. *ACTAS-Jornadas de Investigación*, 1691-1711.

Gutiérrez-Aristizábal, A. (2017). La noción de paisaje social: Un posible recurso para la valoración patrimonial. *Revista de Arquitectura (Bogotá)*, 19(2), 16-27.

Malia, Mariano (2016). Etnografía sobre las prácticas, usos, y apropiaciones del espacio costero de Vicente López. Tesis de licenciatura en Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires.

Leticia Castro y Eugenia Cicero (2019). De relleno a reserva. Actores, usos y ocupación del espacio. Una perspectiva socio-histórica de la Reserva de Yrigoyen en Vicente López. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires